

MULTITUDES

MIGUEL F. CAMPÓN Y JOSÉ D. PERIÑÁN

desplazados
de DESCRITO
EDICIONES

W

Comienzan a poblarlo todo. Podría hablarse de hordas, de manadas, de bandadas, de jaurías, de bancos, de grey, de camadas, de enjambres. Podría hablarse de átomos, de moléculas, de partículas, de conjuntos, de agrupamientos, de indeterminaciones, de letras, de piedras, de montones, de granos de arena, de acumulaciones de polvo, de crecimientos sincronizados, de vecindad de pluralidades, de proximidad de potencias, de infinitudes asimétricas, de profusiones discontinuas, de anti-totalidades post-uterinas. Sobre la mesa de operaciones de los quirófanos modernos, los guantes inmatereales de la asepsia conceptual podrían continuar hablando con los esquemas de la generalidad para ocultar el acontecimiento, extrayendo, una y otra vez, la esencia, las semejanzas y las identidades, destilando, en todos los casos, el núcleo secreto de los caracteres. Podría ser así. Pero hay que descender, porque cualquier definición merece su pasión indefinida, su zona de accidente, su impacto, su abismo y su incineración. Todo pensamiento debe escuchar el corte de su propia guillotina. El silencio también debe ser apaleado en la intimidad, hasta que dejemos de habitar la casa del poder y hasta que realicemos el movimiento mínimo de estar junto a los otros.

Muchos. Somos muchos. Cada vez más. Cada vez somos más. Hemos aprendido a sumar, pero sobre todo, a dejar de sumar en el momento oportuno. Somos más. Somos. Crecemos y crecemos, y en nuestro crecimiento no nos es posible conjugar los verbos, construir las frases, establecer y concatenar una sintaxis. Allí donde hay un espacio vacío, en el intervalo entre las palabras, los sonidos, los corredores, los tránsitos, los huecos, las interrupciones y los momentos, aparecemos como una inmensidad sin medida. No hay signos que nos hagan comprender. El incremento exponencial es una fotografía de otro tiempo donde ya nadie reconoce a los fotografiados. La multiplicación y la potencia son un pasaporte caducado con el que no podemos emprender este viaje.

Comienzan a poblarlo todo. Ellos no habitan. Ellas no habitan. Ello no habita. Nosotros no habitamos. Están a punto de empezar a hablar, en el idioma de los que no habitan. Bajo el sol las cabezas, los rostros serios, la gestualidad inmóvil, el hieratismo de los ojos, la invariabilidad de la respiración. Pero en la sangre, la aceleración y el vértigo de los aconteceres de la euforia, la alegría expansiva de los corazones nuevos que nacen, la coincidencia extraña de los sueños que golpean y estallan y nutren y se inician en el lugar exacto, sí, en los lugares exactos donde nos encontramos para dejar de contener la vida y malgastar la vida y gastar la vida y vivir y respirar.

Para ellas el centro de la tierra ha dejado de ser un destino. Nadie está sujeto a sus tristezas gravitatorias, al ahí obligatorio y exhortativo del poder. El centro ya no es núcleo, esencia, médula, sustancia o referencia. No hay fundamento ni primer principio ni origen ni causa ni antes ni pasado ni recuerdo ni mundo equidistante ni obstáculo metafísico ni ser. Dentro del mundo, todo queda fuera. Dentro todo fuera. La columna vertebral de lo sagrado ha sido lanzada a la alegría democrática de lo subatómico. El magma y los silencios impuestos han cumplido su azarosa emergencia. Todo ha sido vaporizado, gasificado, destilado, refinado, eterizado, procesado, pulverizado, transformado por las multitudes. Ellas pueden reunirse y trazar redes donde los monólogos colisionan o se confunden.

